

Maricarmen de Celis Ullán, conocida poetisa salmantina, publicó recientemente su segundo poemario titulado *Tiempo y olvido*. La fina escritora española nos dispensó el honor de que le prologáramos el libro. Gustosamente reproducimos nuestras palabras introductorias. Es el mejor comentario que podemos hacer en torno a su poesía. Decimos en el prólogo de la obra: Aclara Remy de Gourmont, el ensayista francés, que «la única excusa que un hombre tiene para escribir es escribirse a sí mismo». El escritor debe revelar, pues, su mundo interno. Dar su cosmovisión personal. Maricarmen de Celis Ullán —desde su Salamanca nativa, con sus veintitrés años en flor, su figura espigada y su mirada inquisitiva— se pliega a la verdad del crítico. Y nos da todo su universo íntimo a través de sus poemas llenos de fiebre y de lava.

Esta poetisa —que lleva sobre los hombros la cruz de un gran amor truncado por la muerte —se siente parte integrante de la naturaleza. Le parece que una partícula suya alienta en cada cosa y en cada ser. Se sabe imbíbida en la bomba que estalla y mata. Se adivina en la sangre que fluye, en el silencio que cuaja las palabras. Anda como desparramada y dispersa por toda la creación. Tal vez se lo debe al don misterioso de la poesía que le corre, alerta, por las venas.

Está inmersa en un mundo extraño. A ratos no lo entiende. Le pesa la soledad como una losa de plomo sobre el pecho. Desde su libro anterior *Tiempo de verdad*, se plantea el problema de la in-

comunicabilidad humana. Le duelen las palabras. Considera —como Pirandello y como Neruda— que no son instrumentos de comunicación. Cada cual tiene su lenguaje. El hombre autodialoga. Habla consigo mismo. Pero no con sus semejantes. Cada uno de nosotros le da a los vocablos un sentido distinto. No hay dos seres que coincidan semánticamente. La acepción en que se toma el término varía según la sensibilidad del sujeto. Maricarmen cree que los vocablos están ya muertos antes de nacer. Y que hablar —después de todo— no es más que inmersarse en «un cementerio de palabras».

De aquí su angustia existencial. Se sabe sola. La vida es como una galería oscura. Ignora —como Darío en *Lo fatal*— a dónde vamos ni de dónde venimos. El dios fabricado por las gentes —al que hay que rendir culto cada domingo— no es el suyo. Se le antoja que encadena. El auténtico Dios vive dentro del hombre y le pone alas. Pero, de todos modos, la existencia la vislumbra como un oscuro misterio. La poetisa está llena de ansias. Busca afanosamente la luz por todos los caminos. Y sólo encuentra el vacío y la nada. Dice desoladamente: «Todo es asco y tristeza, / sin mí, / sin ti, / sin Dios.»

Sueña con un amor limpio como el que le llevó la muerte. Le pide al amado que vuelva. Lo busca. Le parece que oye su voz en los silencios. Pero es inútil. Se hunde en sí misma. Y sólo escucha su propio ruego. Por eso le atrae el océano. Le parece un hombre másculo. «¿De qué color son los ojos del mar?» se pregunta en una atrevida prosopopeya. Pero se duele de sus indagaciones. No vale la pena escrutar. Mejor es cruzarse de brazos y esperar. Ya que «al querer vivir los sueños / los perdemos».

La espanta el decursar de las horas. El tiempo la devora. Se le antoja que se la traga como el Cronos mitológico se engullía sañudamente a sus propios hijos.

Levanta su voz contra la guerra. Se siente morir parcialmente en cada joven que se desangra en los campos bélicos. Cree que «las armas están sedientas de sangre». Pero considera que con estos mismos aceros se podría construir un mundo de paz.

La duda la atosiga. Lleva entre sus manos un manojo de verdades —de sus verdades— que se le entrecruzan. Dios es una incógnita que se le enciende entre los dedos. El hombre se le vuelve ceniza y plomo ante los ojos. La vida se le trueca un pozo de sangre y de lodo. ¿A dónde irá? ¿En qué estación arribará? ¿Todo será humo y escoria? ¿Habrà algo definitivo y permanente? En medio de sus

dubitaciones le queda Dios. Le surge del fondo del pecho como una llama cegadora. No la divinidad fabricada por los hombres sino la auténtica que le irradia desde muy adentro. Tal vez en Dios —en esa chispa callada y secreta— la poetisa se encontrará a sí misma, sin percatarse, en el futuro.

MÚSICA Y POESÍA

Maricarmen es filarmónica. Ama la música. Cree, como los simbolistas, que tiene correlación con la poesía. Naturalmente que se aparta de la melodía externa ya en desuso. Busca más bien la arquitectura interna de la obra sinfónica. En su libro anterior *Tiempo de verdad* evoca a Juan Sebastián Bach y a Federico de Chopin. En éste usa estructuras musicales fructuosamente. Algunos poemas —como *Variaciones y Variaciones sobre «Anillos» de Cristóbal Halfter*— poseen formas sinfónicas. Están divididos en «movimientos».

No se apoyan los compositores actuales en el ritmo, la armonía y el contrapunto como los clásicos. Han subvertido las bases de las estructuras tradicionales. Tanto en la poesía como en la música y en la pintura se ha llegado a la distorsión. Los filarmónicos de hoy —a partir de John Cage— aceptan el ruido como un ingrediente de la obra musical. Y nos hablan de los ruidos coloreados que no son más que zonas de sonidos en torno a un tono o frecuencia. Escúchense, si no, composiciones de Xenakis o de Penderecki.

Maricarmen se vale también de distorsiones literarias que la conducen por la vía del absurdo o la inmersan en lo onírico. Hay elementos surrealistas en sus versos. Fluyen —como un río oscuro— las ondas de su subconsciente y se cuajan en palabras amargas, duras, encrespadas. Véase, para corroborarlo, *Le rêve est réalité*, por no citar más.

SU LENGUAJE

Su lengua es densa y grave. Su voz poética le viene desde lo hondo del ser. El verso le brota sordamente como un río sin cauce. A veces cultiva metros tradicionales como el endecasílabo y el alexandrino, los octosílabos, heptasílabos y eneasílabos. Otras, maneja

los versos heterométricos o amétricos. En ambos emplea reiteradamente expresiones anafóricas muy del gusto de la poetisa.

Como los modernistas, se vale de las sinestesias. Nos habla —siguiendo la línea expresiva de Juan Ramón Jiménez— de «frases grises» y «silencios grises». Utiliza el símbolo. Pero contenidamente. El *tren*, la *galería*, etc. cobran, a ratos, valor simbólico en sus versos. En varios poemas omite la puntuación como algunos vanguardistas. Entre ellos, los futuristas.

Su lenguaje es limpio y desnudo. La expresión es llana. A veces, aliteraria. Su sencillez es externa. La hondura le viene desde lo más secreto de sí misma. En sus sintagmas predominan los nombres y los verbos. Emplea los adjetivos con contención. No es colorista. No hace fiesta con los vocablos. Los utiliza como instrumentos meramente expresivos. No para regodeo de los sentidos sino para revelar sus contenidos síquicos más sutiles.

Maricarmen de Celis Ullán anda por los caminos del mundo con su carga de sueños y de desesperanzas. Lleva sobre los hombros la cruz de su inconformidad. Va diciendo orgullosamente su verdad a todos los vientos con la carne sangrante y el espíritu en sombras. Pero la canción no se le muere entre los labios.

Dr. LUIS MARTÍNEZ